

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO II

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA
ALFREDO ÁVILA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2007

NÚMERO 61

Carta de Guanajuato detallando lo ocurrido al ser atacada y tomada la ciudad por el señor Hidalgo

Guanajuato, 2 de octubre. Hermano y amigo. No sé por donde comenzar la historia de la escena triste que aquí se representaba en el espacio de 3 días: mi espíritu está muy afligido, y mi salud quebrantada Me esforzaré no obstante a medio detallar a vuestra merced las cosas, con lo que satisfaré su pregunta contenida en su carta 27 de septiembre que recibí antes de ayer.

El viernes 21 de septiembre escribí a vuestra merced dándole razón circunstanciada de los temores que aquí teníamos, y preparativos que se estaban haciendo para la defensa; seguramente interceptaron esta carta como han interceptado una porción de correos, de modo que hace cerca de un mes que no sabemos de nadie, y creo que nadie sepa con certeza de nosotros: mi cuidado por vuestras mercedes ha aumentado mi tormento; vamos al asunto. El martes 18 de septiembre sin tener nosotros antecedentes algunos (porque el señor intendente nos los había ocultado) a las 11 de la mañana tocaron la generala para que todo hombre se armara. Fue mucho el susto, el alboroto y la consternación; todas las casas y tiendas cerradas. A poco de esto nos mandó juntar el señor intendente a los curas, prelados y clero, y ya congregados en casas reales nos dijo que don Miguel Hidalgo había invadido en el domingo 16 a Dolores, San Miguel el Grande y otros lugares, y que venía a toda prisa sobre esta ciudad, que en dichos lugares había preso a los europeos y saqueado sus casas; que nos encargaba contuviésemos al pueblo, para que sino los defendía, no los ofendiera: quedamos en ello, y nos aseguró que él solo con su gente era bastante para repelerlos. Desde ese mismo momento comenzó a hacer sus prevenciones, abrir fosos,

poner trincheras, acopiar pólvora, balas, municiones y todo género de armas. Se guarneció la ciudad de tal manera que parecía inexpugnable: tanto esto como el desprecio con que se hablaba de la poca fuerza de Hidalgo, y de su mal armamento, nos hizo entrar en alguna quietud. El miércoles, o por mejor decir, el jueves a la 1 de la mañana oímos tocar la generala: nos levantamos, todos azorados, y luego supimos que los vigías se habían engañado. Seguimos después los demás días, con temor y duda; pero no tanto como dijo el señor intendente, o lo habían alucinado, haciéndole creer que Hidalgo traía poca gente, y que era enemigo despreciable, o él nos ocultaba mucho de lo que sabía, aténgome a lo segundo, porque yo lo veía más solícito y azorado que el lunes 24 a las 12 de la noche, por no hacer ruido, mandó pasar todo el caudal de real hacienda y de ciudad depósitos y etcétera todo el azogue y cuanto había de precioso, a la alhóndiga nueva de esta ciudad de Granaditas. Este edificio es una verdadera fortaleza y acaso la única que hay en el reino. El señor Riaño cuando la hizo se propuso formar un castillo para defensa del lugar, dándole el nombre de alhóndiga. Al día siguiente nos sobresaltamos con tal novedad, y más cuando vimos que allí acopiaron de municiones de guerra muchas cargas de pólvora, bombas y frascos de hierro en donde viene el azogue, con metralla y pólvora, armas de todas clases, y de boca mucha harina, carne y etcétera de modo que alcanzase todo para un mes, si lo sitiaban, fuera de esto se hicieron trincheras de calicanto a 500 varas del castillo, que así le llamaremos a la tal alhóndiga, se abrieron fosos de gran profundidad, y se hicieron minas llenas de pólvora. Todos los comerciantes europeos entraron allí sus caudales y muchos géneros, y se trasladaron los archivos públicos: hasta el mismo intendente guardó allí sus haberes y ropa. Ese mismo lunes, digo el martes siguiente a él, convocó una junta general, en la que nos explicó los motivos que tenía para haberse ido al castillo, nosotros desaprobamos su conducta, porque había desamparado la ciudad, pues luego que se fue allí

mandó quitar los fosos y trincheras de las calles, le suplicamos que volviera a ampararnos pero no se pudo conseguir. Él recogió allí o se recogieron por voluntad todos los europeos a la tropa de caballería, e infantería, y otra porción inmensa de paisanaje criolla, decente, escondieron yo no se dónde a la señora intendenta, y esto puntualmente nos dio más que temer.

El viernes 28 de septiembre a las diez y media vinieron al castillo dos enviados de Hidalgo, que se decían embajadores, Abasolo en calidad de coronel, y Camargo de teniente coronel; hicieron seña al castillo, y habiendo salido un oficial recibió los pliegos que se dirigían al intendente: en ellos le decía que comandaba tropa considerable; que el objeto que se proponía en esta guerra, era la independencia de la nación; que si aseguraba a los europeos, que no era para perjudicarlos ni maltratarlos, sino porque los consideraba como un embarazo para su fin; que si de buena fe se entregaban, les conservaría sus personas y bienes, y que si algo tomaba de ellos para las necesidades de su ejército, que después les reemplazaría; que conseguida la independencia quedarían en calidad de ciudadanos; que ya habría oído decir que trataba bien a los muchos europeos que traía consigo, y que sólo se habían saqueado las casas de los rebeldes; pero que si no se entregaban en paz y de buena fe, los pasaría a cuchillo. Fuera de esa le escribió una carta amistosa al intendente ofreciéndole que aunque pelearan, si quería pondría en salvo a la señora intendenta. En el oficio se firmaba como se firma en todo Miguel Hidalgo, capitán general de América. El intendente le contestó, que no reconocía a otro por capitán general sino al señor virrey en México, y que como buen soldado estaba pronto a pelear: le contestó la carta en términos amistosos, diciéndole que en estas circunstancias cuidaba poco de la suerte de su familia. Antes de despachar la embajada y los pliegos: envió todo al cabildo, que a la sazón estaba congregado en casa del alférez real, con los curas, nosotros le dijimos, que sin embargo de

que estábamos sin armas y sin amparo, haríamos todo esfuerzo por defenderlo. Mandó el señor intendente poner bandera de guerra, y alistar su gente y armas. A la una de la tarde de ese mismo día viernes empezaron a entrar infinidad de gentes de Hidalgo, mucha caballería, infantería e indiada, de modo que llegarían a 20,000 hombres, fuera de otros 10,000 que dejó apartados. Inmediatamente se fueron al castillo: comenzó el tiroteo más seguido y terrible que he visto en mi vida. El cura apostó su artillería en buenos parajes; a la hora y media casi forzaron el castillo, porque la gente enemiga se arrojó como leones furiosos, sin cuidar de la multitud que de ellos moría: forzaron las puertas, entraron, y entonces el intendente mandó poner bandera de paz y dijo que se rendía; pero luego que ya confiados en esta palabra entraron, mandó el intendente hacer fuego y quemar las minas. Pereció mucha gente de la de Hidalgo; pero enfurecidos con esto, mataron al intendente de un balazo en la frente, y una multitud de europeos y criollos: entonces el asesor, de acuerdo con otros, hicieron una seña de paz; pero no se fiaron de ellos, mataron como digo a muchos y maltrataron a todos; y de ahí los amarraron y los llevaron a la cárcel, de uno en uno, con mil improperios y baldones: saquearon el castillo, y estuvimos a pique de que quemaran la mucha pólvora que allí había, y que pereciera la mayor parte de la ciudad con explosión. Tomado el castillo a las 5 de la tarde, se entregaron al saqueo de las casas de los europeos, en las que quitaron hasta las puertas, fuera de una u otra que escapó por contingencia, y una u otra de criollo que por equivocación pereció. Inmediatamente se destacó la gente para apresar todo europeo; y en efecto, todos todos están presos, y muchos se han venido a presentar por temor de que el pueblo, que está furioso contra ellos, no los despedace. Muchos de los europeos de Silao, León e Irapuato, que se habían venido a refugiar aquí, corrieron la dicha suerte. Calculo que habrán muerto más de 2,000 hombres, de ellos cerca de 200 europeos y estarán presos otros 200 europeos. El saqueo habrá

ascendido a millón y medio de pesos, y ya vuestra merced considerará cual será nuestro conflicto y las conturbaciones de nuestra espíritu. Yo entré a la cárcel donde están los más europeos, y me afligí de ver aquellos espectáculos. Los he ayudado en lo que he podido, ya con socorro, ya hablándole a Hidalgo por algunos viejos y beneméritos, y por sus familias.

El sábado por la tarde se hicieron zanjones muy profundos en tres partes para sepultar a los cadáveres que todos incluso el intendente fueron desnudos, y los más castrados por los indios. Todo ha sido horror y espanto.

Pasábaseme el decir que no sabemos cosa alguna de tierra adentro ni de las tropas, antes aseguran que el señor Callejas está preso, y que Hidalgo trae de estandarte una Nuestra Señora de Guadalupe, y abajo un rótulo que dice: ¡Viva la religión católica! ¡Viva Fernando 7º! ¡Viva la patria! Lejos de saquear los templos, los trata con mucho decoro, oye misa todos los días que se dice en el altar portátil a presencia de todo su ejército, y concluida que fue la victoria llevaron a la virgen a la parroquia y se repicaron todas las campanas.

El lunes por la mañana mandó que se le presentaran el cabildo, curas y prelados, se fue a la parroquia a caballo, y allí hizo que lo recibiéramos: se cantó sólo el *Te Deum*. De ahí nos fuimos a las casas reales, y en la sala capitular nos expuso los motivos que lo habían obligado a tomar las armas. Nos exhortó al buen orden. Nombró alcaldes ordinarios, comandante de armas y etcétera, y luego salió a caballo por las calles arengando al pueblo, haciéndolos jurar la obediencia de los preceptos de la religión y fidelidad al señor don Fernando 7º, les dio a conocer a los alcaldes, prohibió todo saqueo y robo bajo de pena de la vida. Esto mismo publicó luego por bando, ha nombrado oficiales reales, administradores y etcétera, y sólo quitó el tributo y papel sellado, pero dejó las demás pensiones; ha creado oficialidad.

Yo por razón de estado, y por ver en qué alivio a los infelices, he ido con frecuencia a verlos; he percibido que tiene alianza en Guadalajara, en México, y en otras partes, de modo que creo la convulsión es general. Los jefes de su ejército son él como capitán general, Allende y Aldama tenientes generales, Balleza (clérigo) mariscal de campo, Abasolo coronel y etcétera. La gente que aquí entró llegaba como dije a cerca de 20,000 y después de la victoria se le unieron otros 2,000 fuera de que cada momento se le agregan mucha gente de aquí de esta plebe, y no plebe se le juntan más de 8,000 bien armados con las armas y muchas y bien acondicionadas que había hecho fabricar y traer el intendente. Anoche 2 del corriente puntualmente hemos tenido otro susto, de modo que nadie ha dormido, porque se tocó alarma, y se dijo que venía Callejas con un buen ejército; se apostó un mundo de gente en Valenciana, y otras partes y salimos según la opinión mas probable con que eran ocho mil indios que se le venían a juntar. Yo veo la cosa muy mala, porque vi aquí, y supe de otros lugares que luego que llega Hidalgo voltean caras todos los soldados que tienen para su defensa y toda la plebe. Así aunque vuestras mercedes cuenten hay como nosotros contábamos con 10 o 12,000 hombres, llegado el caso quedarán sólo los europeos. Aquí se opina como cierto que los que mataron al intendente fueron los mismos soldados de su defensa. A mí me parece que si va a Valladolid como irá porque le han dicho que el señor obispo está preso por la Inquisición, y de orden de la Audiencia, y lo quiere libertar. Vuestras mercedes no entren en guerra hasta no reconocer sus fuerzas porque si no serán victimas de la imprudencia como lo fue el señor Riaño. Ya no puedo más. A Dios de vuestra merced.

Es copia de su original que existe en el tomo 108 del ramo de historia.

México septiembre 19 de 1871.— *J. Domínguez.*

Al margen. Un sello que dice: Archivo general y público de la nación.

La edición del tomo II de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Rodrigo Moreno Gutiérrez
Eric Adrián Nava Jacal
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602